

Las nuevas oportunidades de arraigo en la sociedad móvil

TRABAJAR LEJOS DE CASA

JESÚS OLIVA SERRANO. Universidad Pública de Navarra

Trabajo y residencia han guardado una relación estrecha tanto en la sociedad tradicional agraria como en la moderna sociedad urbano-industrial. Los campesinos que emigran a las ciudades en el contexto del éxodo rural de los años sesenta cambian su hogar junto a los campos donde encontraban su sustento por la vivienda próxima a los polígonos industriales urbanos. Y las oportunidades de empleo local, su abundancia o ausencia, determinaban de manera insoslayable el futuro de cada comarca.

La atracción de inversiones, el asentamiento en ella de actividades o el arraigo de sus residentes dependían esencialmente de su localización en un espacio geográfico con oportunidades desiguales donde el modelo de desarrollo imperante convertía al mundo rural en una enorme periferia que no podía evitar que sus principales recursos (población en su máxima capacidad genésica, ahorros, materias primas, ...) circularan hacia las ciudades y se concentraran en ellas. Esta relación sometió irremediablemente a numerosas comarcas a una espiral de des poblamiento, declive económico y social.

La correspondencia entre trabajo y residencia experimenta desde finales de los años setenta un cambio significativo

Sin embargo, la correspondencia entre trabajo y residencia, así como el reparto de papeles entre centros y periferias que aquellos procesos ordenaron, experimentan desde finales de los años setenta un cambio significativo. La mejora de los medios de transporte y de comunicación generalizados a través de los medios privados (automóvil, teléfono móvil, televisión por satélite, Internet, etc) ha flexibilizado notablemente la primera dependencia permitiendo a un número cada vez mayor de grupos sociales

establecer sus elecciones residenciales en función de circunstancias no estrictamente laborales (por ejemplo, valorando entornos locales alejados de la congestión urbana, la proximidad a la naturaleza o el origen identitario). Si las migraciones rural-urbanas fueron animadas por una especial ideología que sancionaba las carencias y precariedades de la vida rural frente al mundo de oportunidades que se desplegaba en las grandes urbes ("la vida moderna"), hoy día los valores y representaciones que asociamos a la "calidad de vida" conforman un imaginario social plagado de referentes rurales. Esto es precisamente lo que explica la creciente demanda de viviendas unifamiliares en las comarcas próximas a las grandes aglomeraciones urbanas, el auge de la segunda residencia, del turismo verde, cultural o activo, de la práctica del deporte al aire libre, y que muchos de aquellos elementos denostados hace apenas unas décadas como propios del atraso o del paleta hayan adquirido la naturaleza de nuevos fetiches en unas sociedades postmodernas que ahora valoran los alimentos de pueblo y los productos artesanos, decoran las viviendas con trillas y aperos de labranza recuperados de la casa del abuelo, recubren la viga de hormigón con madera envejecida o adquieren mobiliario de tipo "rústico".

El malestar urbano

Ni las ciudades ni los pueblos son vividos y considerados hoy como lo fueron hace apenas unas décadas. Los procesos de desindustrialización, de deslocalización productiva y la experiencia del llamado "malestar urbano" (con-

gestión permanente, inseguridad, contaminación, fatiga, segregación social, etc.) han invertido algunos de los valores y tendencias anteriores. Pero, además, el reforzamiento del poder local mediante la descentralización y la progresiva dotación de los pueblos y comarcas con nuevos servicios, comodidades y equipamientos (culturales, deportivos, de ocio, etc.) se unen a la nueva accesibilidad facilitada por los medios de transporte para equiparar en muchos aspectos el atractivo y posibilidades de los entornos locales no sólo como lugar de residencia sino también para la localización de ciertas actividades. La ciudad ha dejado de ser lugar más deseable para vivir o divertirse para todos los grupos sociales y tampoco garantiza ya el acceso a empleos mejores y más estables.

Sin embargo, si el movimiento desencadenado por el desarrollo urbano-industrial sometió al mundo rural de forma generalizada al despoblamiento y declive económico, especialmente profundo en las comarcas más aisladas, las nuevas tendencias que llevan hoy día nuevos recursos (turistas, residentes, actividades, inversiones...) en la dirección contraria no afectan de igual manera a todas ellas ni tienen un volumen similar. Esta inversión de algunas de las tendencias anteriores se desencadena más bien sobre la base de una valoración diferenciada de las mismas en función de cada proceso (productivo, residencial, turístico, etc.). Así, las zonas próximas a las grandes áreas metropolitanas reciben una presión muy importante sobre todos sus recursos (suelo, paisaje, agua, etc.) reclamados tanto para la residencia como para la localización de actividades o para su conservación (por ejemplo, las áreas de la sierra de Madrid o la cuenca de Pamplona). Numerosas zonas de litoral y de montaña son valoradas sin embargo por nuevos residentes que buscan su condiciones naturales (sol, mar...) y la tranquilidad (por ejemplo, en Levante o Canarias). Otras más han experimentado exitosas experiencias de desarrollo que tiene su origen en la rentabilización de los recursos locales (por ejemplo, la agroindustria en La Rioja o la Ribera Navarra) o de destreza propia (como la fabricación de muebles en La Sagra toledana, o el juguete en Alicante). En otras ocasiones se han beneficiado de la relocalización de actividades segregadas de los congestionados y obsoletos polígonos industriales metropolitanos (por ejemplo, los corredores entre Madrid y Guadalajara o Toledo) o de firmas que buscan relocalizarse en un entorno más accesible fuera de la ciudad o más agradable para sus empleados cualificados o, también, una mano de obra local más barata.

Todos estos procesos generan nuevas oportunidades para el mundo rural que sin duda se van a incrementar a medida que nuestras sociedades se hacen progresivamente móviles. De hecho, los tiempos que ordenan la vida cotidiana de nuestros municipios ya no responden a los viejos ciclos agrarios que llevaban de la siembra a la recolección, sino que en gran medida vienen siendo configurados a partir de los nuevos ritmos que marcan otras actividades productivas, los periodos vacacio-

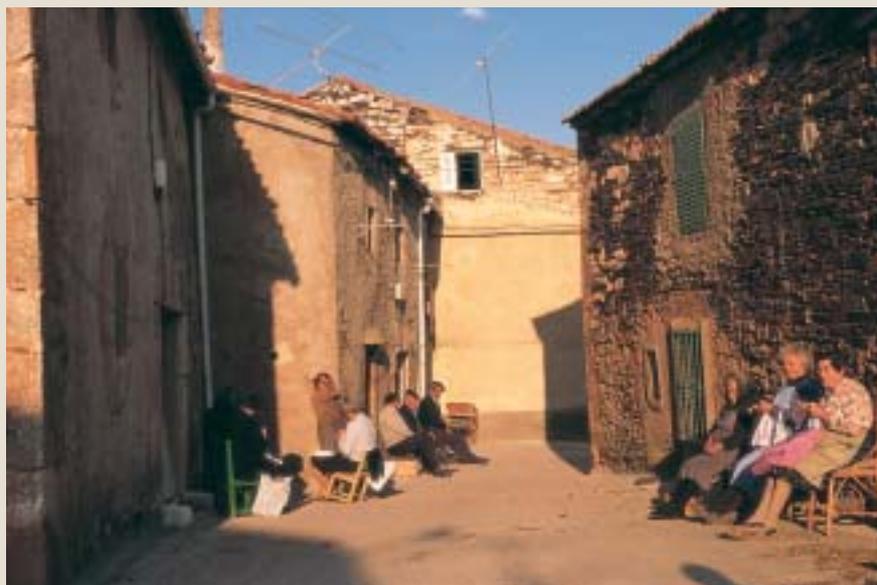


Foto: Joaquín Guijarro.

nales, las entradas y salidas de los trabajadores pendulares y el regreso periódico de los hijos del pueblo, los veraneantes o los turistas. Por ejemplo, cada vez son más importantes los residentes rurales que han encontrado en el desplazamiento cotidiano a la ciudad, a la cabecera de la comarca, al municipio vecino, etc., una estrategia para el arraigo local que también facilita la regeneración del empleo y los servicios locales. En algunos casos, como el de los albañiles manchegos que recorren incluso más de 300 kilómetros a diario para trabajar en el área metropolitana madrileña, estas estrategias laborales han conseguido dinamizar las economías locales de unos pueblos condenados desde mediados del siglo pasado al despoblamiento irremediable (Villarrubia de los Ojos, Consuegra...). En Vizcaya, los últimos datos censales estiman que más del 60% de sus ciudadanos se desplazan para trabajar a diario hasta otro municipio. Finalmente, todos estos procesos no son exclusivos del caso español y los estudiosos vienen dando cuenta de los mismos en Europa y los Estados Unidos desde hace más de dos décadas. 🌱